

El comunismo y la cruzada

SE da a las elecciones generales de Italia del 20 y 21 de junio una importancia excepcional: la tienen. Los pronósticos indican un avance general de la izquierda, muy determinadamente del partido comunista, y simultáneamente un retroceso en el partido desgastado por el largo poder, la Democracia Cristiana. El enfrentamiento es algo más que el de dos partidos grandes: es el de dos concepciones de la vida. Las elecciones y sus resultados deben influir en la política inmediata de los países europeos. Pueden significar que la barrera anticomunista alzada con todas las fuerzas físicas, materiales y espirituales —el poder y el dinero de los Estados Unidos, los intereses del gran capital nacional e internacional, la influencia del catolicismo— en 1948 ha sido perforada veintiocho años después. En una cierta medida, es el fracaso de una forma de anticomunismo, que ha derrochado toda clase de medios para destruir y anular una ideología y un partido que han sido capaces de resistir todo y seguir adelante. Fracaso no sólo para Italia o en Italia, sino en el conjunto de lo que se ha llamado impropriadamente Occidente. Fracaso también de los Estados Unidos en su implantación en Europa, y quiebra de un sistema capitalista que ofreció una especie de opulencia colectiva y sólo ha conseguido un consumismo a flor de piel, finalmente inoperante y cansado, medio roto en la

primera prueba dura. Pero sería demasiado simple estimar que el anticomunismo rudo de la guerra fría ha fracasado tan rotundamente. En la realidad, ha conseguido que el comunismo no sea ya lo que era entonces: no sólo que no sea el stalinismo, sino que se haya fragmentado y cambiado algunos de sus objetivos. Maniobrando a varios niveles, el anticomunismo ha conseguido una separación entre la URSS y China y una dificultad de acción de cada uno de estos países

les, como consecuencia de su propia evolución. Podríamos decir que el anticomunismo militante ha forzado a los partidos comunistas a buscar otras orientaciones y otras vías para alcanzar su premisa esencial —el acceso al Gobierno de las clases sociales sometidas—, y esa larga permanencia en la oposición y en la persecución le ha sido favorable. Ha sabido cambiar. No han sabido cambiar, por el contrario, las derechas en el poder. El poder largo es una trampa que produce

biado, que se pretende un totalitarismo y una dictadura, que se ofrecen como contrapartida la libertad y la abundancia que produce la sociedad capitalista, la advocación a la democracia... Muchas de estas bases han fallado desde 1948 —por hacer referencia a las elecciones italianas que marcaron las fronteras en que se ha vivido—: el capitalismo ha producido un marasmo económico, las clases inferiorizadas no han prosperado, la democracia ha estado limitada, los escándalos y la corrupción han florecido. Y la Iglesia, a pesar del "aggiornamento" de Juan XXIII, cortado luego por Pablo VI— ha fallado en algunos aspectos de la reforma de costumbres y sociedad, y su estrecha relación con el partido gobernante la ha hecho perder mucho de su magisterio moral. Lejos de aprender esa lección, abre ahora una "cruzada" contra la izquierda en Italia, lo cual la va a dañar mucho más. Vulnerada por el referéndum del divorcio, en el que tomó un partido excesivo, puede ser mucho más gravemente herida en estas elecciones. Con sus razones filosóficas propias, está resultando la aliada de una corrupción, una derecha, un imperialismo extranjero y un capitalismo, incluso con un fascismo que pretende aprovechar el nuevo frente anticomunista para hacerse más respetable, que le está haciendo ya perder adeptos en sus propios funcionarios y sin duda alguna entre sus fieles.

Eduardo Haro Tecglen

en los revolucionarismos mundiales, y ha llegado a una disensión importante entre los partidos no gobernantes y los países de régimen comunista, y una serie de diferencias y de dificultades entre estos últimos. Con respecto a los partidos comunistas occidentales, el anticomunismo y las formas de desarrollo del capitalismo han llegado a hacer necesaria una evolución interna, una movilización de doctrinas. En realidad, el comunismo como gran bloque universal, como cumplimiento de la consigna "Proletarios de todos los países, uníos" lanzada desde la Primera Internacional y casi conseguida en la posguerra mundial, ha desaparecido. Al menos, en esta circunstancia histórica. En cambio han ganado terreno los comunismos naciona-

siempre el inmovilismo, el afianzamiento en los propios principios que se convierten en dogmas. La realidad cambia en torno, y los partidos o sistemas en el poder no saben cambiar. No se enteran de que es necesario hasta que es demasiado tarde.

El sistema defensivo de la gran derecha occidental ante esta penetración posible del comunismo por su flanco italiano, y puede que algo más adelante por el francés, no encuentra otros medios ahora que los de repetir los mismos métodos de la posguerra. A saber: el juego de amenazas y ofertas de los Estados Unidos, las presiones de su organización satélite la OTAN, la movilización de la Iglesia con el Papa a la cabeza. Y los argumentos que dicen que el comunismo no ha cam-

Lo que se va a decidir ahora en Italia no es, naturalmente, la posibilidad de un régimen, ni siquiera de un Gobierno comunista. Los comunistas italianos no van a conseguir una mayoría suficiente para eso, ni tampoco lo desean. Saben cuál es la naturaleza del enemigo, de la "cruzada", y saben también que una Italia con Gobierno comunista, que por muchísimas razones no estaría alineado con el bloque soviético, sería la de un aislamiento total —si no cosas peores— de todo aquello en que está basada la economía italiana del momento: los Estados Unidos, el Mercado Común. En una situación económica tan frágil, un bloqueo de esa índole sería catastrófico. Solamente la perspectiva de un ministro o unos ministros comunistas en un Gobierno de coalición ya hace peligrar esa economía, por la reacción de las fugas de capitales —que ya se están produciendo— y de la reticencia de sus aliados económicos. Incluso la instauración de algunas doctrinas comunes de socialistas y comunistas, como el saneamiento del mundo de los negocios, ya son



Un Gobierno monocolor de los comunistas italianos serviría para ahuyentar el capital y haría peligrar todavía más el ya precario estado de la economía. De ahí que se contenten con un Gobierno de coalición. En la foto, mitin electoral del PCI.



Lejos de aprender la lección del referéndum en torno al divorcio, el Vaticano se ha empeñado en abrir una "cruzada" contra la izquierda, que puede perjudicar aún más sus intereses. En la foto, Pablo VI con el cardenal Antonio Poma, presidente de la Conferencia de Obispos Italianos.

peligrosas: muchas empresas que están sosteniendo su déficit por ayudas invisibles producidas por la corrupción administrativa del Gobierno, tendrían que cerrar y crear una situación de paro. Por lo tanto, lo único que puede salir de las elecciones italianas es la posibilidad de que el "compromiso histórico" entre todos los partidos democráticos se convierta en un Gobierno de coalición con entrada de los comunistas. Es muy probable. Los socialistas han dicho ya —De Martino— que no están dispuestos a formar de nuevo la alianza centro-izquierda que les ha devorado su prestigio y su número de votantes. No parece posible que aun conquistando un regular número de votos como el que va a obtener la Democracia Cristiana reanude la vieja fórmula frente a un partido comunista al que se da como mínimo un 45 por 100 de votantes.

El tema, como se ve, desborda las fronteras italianas. Lo que sucede con las elecciones y con la forma de gobierno que se adopte después va a influir mucho en toda Europa, especialmente en la del Sur. Incluyendo a Francia en este Sur. Francia, como se sabe, es el otro país donde el comunismo puede tener un acceso minoritario al poder en las primeras elecciones, gracias a la alianza de comunistas y socialistas y al desprestigio creciente de una derecha hecha con residuos conservadores, con fragmentos del nacionalismo autocrático del general De Gaulle, con liberales económicos y con derechistas históricos. El "reformismo" propuesto e iniciado por Giscard no ha dado el resultado necesario de una renovación en el contexto social envejecido, y la crisis económica ha herido todas las estructuras, haciendo recuperar un sentido de lucha de clases que se había querido matar. En realidad, lo que llamamos hoy comunismo es la existencia siempre presente de unas cla-

ses sociales maltratadas y oprimidas que se agrupan principalmente en ese partido y en el socialista en los países donde los socialistas ofrecen realmente una solución a los problemas proletarios, que no son todos. No hay que pensar que los electores italianos, y más adelante los franceses, están impregnados de marxismo, imbuidos de leninismo. Lo que tienen es un problema de clase social que no se les ha resuelto por otras vías.

En algunos medios de la derecha occidental comienza ya a aparecer una especie de resignación ante la aparición de los comunistas en algunos Gobiernos, mientras no cesa el espíritu de cruzada, la utilización de todas las armas de combate para evitar que las elecciones del 20-21 de junio sean un auténtico "raz-de marée" que coloquen al partido comunista italiano en un puesto predominante y decisivo en la política nacional y en la internacional. Anotemos que a este espíritu de cruzada y de Santa Alianza le falta, como siempre, imaginación. Ha confiado —también como siempre— en que la fuerza y el predominio de los medios de lucha directa le bastan, y ahora ve sus viejas murallas perforadas. No es época de murallas —no es época de "bunker", por referirnos a términos españoles—, de resistencias y de encastillamientos, sino época de ir adelante y tener gran audacia. Las pobres soluciones que ofrecen los anticomunistas italianos, las de los reformistas franceses, las del mecanismo imperial de Occidente —no digamos nada de las de España, ejemplo de incapacidad, tanto en la derecha "bunkerista" como en la misma reformista, tan coartada y limitada, tan absolutamente cobarde—, no conseguirán sostenerse. Tienen que inventar algo nuevo, tienen que ceder por lo menos parte de sus intereses. No saben hacerlo. Y tienen un miedo paralizante. ■

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

EL CAMINO DE DAMASCO

UNA de las gracias más frecuentes de los viejos totalitarios consiste en llamar totalitarios a los demócratas y en considerarse ellos mismos como demócratas. El lenguaje se está apurando demasiado en este país. Se va a rasgar. De hecho, se rasga. Es cuando se producen los insultos. Ya se va insultando mucho. Uno de estos viejos totalitarios viene a considerar que cuando la democracia no admite su totalitarismo, es que no es democracia y es, "sencillamente, idiota". El español ha gustado mucho de llamar idiotas a sus contemporáneos y amigos. En cualquier conversación se puede advertir que idiota es, simplemente, todo aquél que no está presente.

Otro autor de bastante más entidad, Pedro Lain, a quien le está sucediendo otra de las más frecuentes y terribles aventuras lingüísticas de este país, la de que se atribuyan a quien no gusta palabras que no ha pronunciado y se tergiverse su lenguaje, se deja llevar de esta rasgadura del insulto hacia lo colectivo, hacia unos otros indefinidos y muchos. "Quien me diga estar satisfecho de su propio pasado, es un farsante o un imbécil". ¿Por qué? Cada uno tiene su propio camino en la vida, y no siempre es el camino de Damasco. Ciertamente la satisfacción de uno mismo es siempre peligrosa, pero lo es tanto si se refiere al pasado como al presente. En cuanto a prolongar el pasado, algunos millones de españoles no han tenido necesidad de rectificar, lo cual no quiere decir que no hayan vivido, estén viviendo, vayan a vivir en el error. Pero una cosa es el error y otra la farsa, y la imbecilidad.

Decían los escolásticos —creo: no soy un versado en escolástica— que una sola cosa escapa al poder omnívoto de Dios: cambiar el pasado (Cambiar el presente es algo que escapa simplemente al poder del señor Arias Navarro). Muchos de nuestros contemporáneos quisieran cambiar el pasado. Como no pueden, lo abominan. Y cuando abominan, lo hacen de los que no tienen gran cosa que enmendar del suyo. Es una actitud más bien desesperada. Tranquílcese el señor Lain: a muchos, su actitud de antes, su actitud de ahora, siendo disímiles y contradictorias, nos parecen siempre respetables. Porque proceden de una voluntad de reflexión, de una actitud intelectual —en el más alto grado de la palabra, del concepto—, que no ha dejado de ser honesta. Que ahora coincida con la de los que la hemos tenido siempre, no nos permite calificarnos de imbéciles. Ni a él.

Tiempo de revisiones desgarradoras... Tiempo de afirmaciones triunfales... Malo todo ello. El pasado es aquello a cuyas presiones y a cuyos estímulos tuvimos que responder: cuando un tiempo es fuerte, cuando es dominante y deja poca latitud al individuo, aunque tenga tanto rigor pensante, tanta capacidad interior de respuesta como la puede tener un pensador de la categoría intelectual de Pedro Lain Entralgo, el error es fácil. Si es que hubo error. Cabe maravillarse, sobre todo, de los que en un tiempo o en otro están seguros de acertar o están seguros de haber errado.

Entre los que pueden suponer que no han errado, porque la ola de este tiempo está movida por la mayoría de las personas de buena fe pensante, hay muchas ganas de respetar todos los pasados. Pero no hay ningún deseo de ser considerados como farsantes. Ni como imbéciles. Es una forma de proyección que resulta injusta. ■

POZUELO